

QUINTA PARTE

Lirismos oportunos

CAPITULO XXXIII.

UN PARALELO DE SANGRE.

La reacción conservadora, los intereses creados, los extremismos religiosos, pantalla de intereses también, la burguesía, todo lo que, en una palabra, representa el retroceso, el estancamiento o la muerte, se agita incansablemente en su egoísta deseo de preponderación. La causa liberal, el progreso, dueña por razones evolutivas, por innata condición de mejoramiento, por lógica natural, propende constantemente a domeñarlo todo, a imprimirle su movimiento ascendente, a precipitarla por la ruta que lleva a las perfecciones. Y la lucha de ideas, de principios tan antitéticos, determina en la pobre humanidad sacudimientos ciclópeos que arrojan restos ensangrentados, con profusión trágica, bajo los cielos impasibles.

Portugal, ese pequeño país de leyendas y de prejuicios, el cual, por su antigüedad, por el amor de sus hijos hacia un pasado más o menos glorioso; un país entre cuyas ruínas parecía imposible que floreciera la rosa de la libertad, en un momento supremo pisoteó la corona del pasado, a pesar de todos sus prestigios, arrancó de las puertas claveteadas y adustas y tan largos años inviolables, los nobiliarios escudos, y sobre tales escombros, en la ennegrecida almena de un castillo desmoronado, enclavó, ante los absortos ojos de la ran-

cia aristocracia y de la rutinaria y famélica burguesía, la flámula luminosa de la libertad.

Los jóvenes pisotearon los cráneos de los viejos para arrancarles las ideas parásitas: quemaron los árboles genealógicos pletóricos de vanidad y fecundos en perfidia: modificaron, ebrios de la divina audacia de la juventud, el vetusto programa cultural de ese formidable modelo de atonía educativa que era la universidad de Coimbra: loaron las figuras de Guerra Junqueiro, Antero de Quental y Eça de Queiroz, entonces desterrados hasta del pensamiento, y, poseídos de locura liberticida, los estudiantes cantaron, tumultuosamente, la Marsellesa por la florida carretera de Cintra, rostro al sol.

En México sucedió algo semejante. Aquel Gobierno, faraónico por el fasto y el aparato, amasado en privilegios, organizado y duradero a fuerza de privilegios, derrumbóse con estruendo, y un gobierno liberal, reformador y generoso, encabezado por un hombre de carácter apostólico, inyectó, más hondamente que lo había hecho antes, con las pruebas de la evidencia, ideas de liberalismo y de progreso.

Pero la reacción, incansable, todo el pasado, todo el ayer, los privilegiados que se quedaron sin privilegios, el clero que perdió mucho de su dominio, el capital, la burocracia, planta trepadora y abyecta de los gobernantes que prodigan empleos y de los personajes influyentes que se llevan hijas o hermanas a cambio de ascensos, tomó su desquite, y, con Félix Díaz y Huerta de mascarones de proa, reconquistó, pasajeramente, sus prebendas y sinecuras, y de nuevo reinó el privilegio: el birrete morado de los obispos recobró su pasada y decisiva influencia, y la burguesía, en largas y sensuales digestiones, supo digerir tranquilamente cuantas ideas libertarias habían llegado a su conocimiento. Se tragó la

libertad tan serenamente como un canónigo barrigón engulla un chocolate monumental.

En Portugal, apenas pasados algunos cuantos meses, sucedió lo mismo ocurrido en México. El cable acaba de comunicarnos una noticia lacónica, terrible y dolorosa. Una turba militar como la de la Ciudadela puso en fuga al Presidente de la República, asesinó al primer Ministro y derrocó el Gobierno republicano. No dice aún el cable si esta soldadesca infidente trata de restaurar la monarquía, pero, aunque esto no fuese, es evidente que el villano movimiento es reaccionario, cualquiera que sea la forma de gobierno que pretenda establecer.

El pasado es el ejemplo del porvenir, y nadie ignora cuán ciertos son los paralelos históricos cuando las circunstancias que determinan los hechos son idénticos.

La juventud lusitana, los hombres sinceramente liberales de ese país, los que fortalecieron y amaron la República, no han muerto: la prolífica semilla de la libertad tiene la mágica virtud de multiplicarse, como todas las semillas, hasta lo infinito.

Como en México, no faltará en la patria de Camoens un hombre como Carranza, abnegado y fuerte, que nuevamente abata a la reacción, poniendo definitivamente entre el pasado y el presente una infranqueable muralla de principios.

Pronto, de fijo, volverán los gárrulos estudiantes de Portugal a cantar, ebrios de juventud y de libertad, las simbólicas estrofas de la Marsellesa, por la ondulante carretera de Cintra, respirando los aires de los campos hinchados de sabia bajo los árboles abatidos de fruto, cabe las enramadas floridas, de cara al sol.

La vida, junto a la vida, cantará el himno de la vida.

CAPITULO XXXIV.

LOS DE ABAJO PIDEN MUY POCO.

El Comandante Militar de Quintana Roo, Carlos Plank, comunica al Primer Jefe que los habitantes del territorio se encuentran muy satisfechos con los procedimientos del Gobierno Constitucionalista y que los mayas están completamente tranquilos. El halagador informe termina con estas palabras elocuentes: «Parece que se ha hecho más en un mes de Justicia, con esta tribu, que en quince años de guerra.»

Nada más fácil que la popularidad; nada más sencillo de ganar que el corazón del pueblo.

Los humildes no piden mucho para entregarse. Bastan una poca de Justicia y una poca de piedad para que los de abajo, los eternos abatidos, amen a sus gobernantes.

El rey más popular de la dinastía de los Braganza, en Portugal, construyó el edificio de su gran popularidad sobre pequeñeces. Sus actos jamás fueron los de un formidable estadista, ni legisló en favor de las masas, ni realizó conquistas gloriosas; era bueno y sencillo, amable y generoso.

Saludaba a todo el mundo desde su carruaje con una sonrisa paternal; oía las penas de todo el que quería contárselas; tomaba de la mano a un ciego para que atravesase la calle; levantaba a un anciano si caía al suelo; acariciaba a los niños humildes y decía palabras consoladoras a los padres.

No hacía grandes beneficios aquel monarca; pero era bueno, y el pueblo, que tiene un admirable conocimiento, le amaba.

Todos los historiadores están acordes en confesar que aun después de la fuga de Varennes, el rey Luís XVI, gozaba de popularidad y que si entonces hubiese dicho diez palabras tranquilizadoras y amables al pueblo, mostrándole al delfín y besándolo en su presencia, quizá se hubiese salvado en su persona, aun cuando el conflicto social irremediable hubiese estallado de todos modos.

Muy poco necesitaba el pueblo de París para perdonar, pero ni ese poco supo dársele.

Los indios mayas durante largos años fueron hostilizados cruelmente por el gobierno de Porfirio Díaz. Su rebelión, naturalmente, se hizo crónica y la «guerra de los mayas», como se le llamaba, resultó interminable.

Jamás se le ocurrió preguntar a Porfirio Díaz por qué estaban levantados los mayas. Nunca supo si les faltaba justicia o si les sobraba razón.

Constantemente se mandaban columnas militares que, incapaces de aventurarse en las auténticas madrigueras de los indios, justificaban los gastos sacrificando a los que encontraban indefensos en las ciudades y en los caminos.

Yo escuché de labios de un artillero ex-federal el relato de cómo fué destruída la iglesia de un pequeño poblado, tres días después de haberse marchado los rebeldes, sólo por la voluptuosidad de poner en el parte oficial: «la iglesia bombardeada. . . .» El parte lo firmaba Huerta, entonces coronel y jefe de la columna.

El indio es humilde, agradecido, honrado. Todos hemos saludado a la vera de los caminos algún indígena que nos dice con voz melancólica y dulce: «*Vaya usted con Dios; Dios le dé salud,*» etc.

¡Cuánta infamia y cuánta crueldad no necesitaría el gobier-

no de la dictadura grande para exaltar a tal extremo la cólera de esa raza maya, contemplativa, estoica y pacífica!

Es muy fácil ganarse la voluntad de las gentes de buena voluntad.

Esos indios son tan mexicanos como nosotros, más quizá. Trabajan y sufren. La melancolía de sus ojos habla de una atávica tristeza. Sienten una indefinible añoranza y sólo empuñan las armas cuando la injusticia viola sus derechos. Por eso se ha hecho más en «un mes de justicia que en quince años de guerra.»

Un mes de equidad borra quince años de ignominiosa opresión. ¡Qué fácil es la popularidad! Un poquito de justicia y un destello de piedad.

EL HOMBRE

CAPITULO XXXV.

VENUSTIANO CARRANZA.

GENERALIDADES.

Los hombres tenemos tres componentes fundamentales e innatos, susceptibles de perfeccionamiento o degeneración: la constitución física, el carácter y la inteligencia. Sin embargo, un hombre poseedor de una salud completa, de una gran inteligencia y de un carácter entero, puede, a pesar de tan valioso equilibrio, ser absolutamente incapaz como hombre de Estado.

El hombre de Estado, debe, ante todo, tener condiciones de tal; es decir, poseer el innato componente del hombre de Estado. *Azorín*, ese sutil espíritu autor del maravilloso «Hombre político,» escribió una página filosófica de gran precio, probando que el cómico, como el periodista o el comerciante, necesitan para alcanzar éxito en su profesión, primero que nada, de lo innato. Es decir, es preciso que sean antes que todo, periodistas, cómicos ó comerciantes.

Esto que parece una necia redundancia es una evidente verdad que nos ratifica la experiencia que en mil casos diversos nos rodea.

El hombre de Estado, debe, pues, tener, ante todo, condiciones de hombre de Estado; es decir, su inteligencia debe ser

fácil a las percepciones políticas, ducha en el conocimiento de los hombres, hábil para comprender los sentimientos sociales, etc., etc. Su carácter será, por ende, sereno para el peligro, resuelto para las empresas difíciles, paciente para las adversidades, inmutable para las sorpresas, indomable para las tentaciones.

Describiendo al hombre de Estado dice don Francisco Bulnes palabras parecidas a las de Nicolás Maquiavelo. Habla don Francisco Bulnes de don Lucas Alamán y dice: «El gran talento de Alamán tendió siempre a sobresalir. . . . *su carácter era el de un hombre de Estado*, frío, egoísta, calculador, resuelto, con energías de héroe para llenar los que la fe le dictaba como su deber, aun cuando este deber fuera tenebroso, sanguinario, malvado, siniestro. Alamán era moral y políticamente irreprochable en materia de probidad. Nunca fué personalista, siempre leal con sus principios, aparece en nuestra historia con las manos sin lodo pero llenas de sangre. . . .»

El hombre de Estado requiere una cualidad esencialísima que está comprendida en la inteligencia, pero que debe señalarse aparte: la cualidad de prever; entendiéndose bien que previsión es prever lo que se puede prever:

El hombre de Estado tiene, además, dos componentes: su personalidad privada y su personalidad pública.

SU PERSONALIDAD PRIVADA.

Por ser menos importante, y ya que podemos tocarla en pocas líneas, hablaremos de la personalidad privada de don Venustiano Carranza. El Sr. Carranza es, y así lo dicen sus propios enemigos, un hombre intachable, de una gran mora-

lidad y de una honradez impoluta. Tiene la austeridad de Ocampo y la honradez de Juárez.

Desde el punto de vista íntimo la personalidad moral de don Venustiano Carranza tiene pocos paralelos en la historia de los hombres de Estado de México, donde, como se sabe, los vicios de Huerta y el sibaritismo de Lerdo de Tejada fueron practicados en mayor o menor escala por muchos de nuestros gobernantes.

Sobradamente sabido es cuan poderosamente influye la moralidad privada de un gobernante en su moralidad pública. Madero fué honrado y sencillo en su casa y honrado hasta ingenuo en el Gobierno.

SU INTELIGENCIA.

Jamás he cruzado una palabra con don Venustiano, ni he tratado a nadie que conociéndolo de cerca pudiera ilustrarme. Pero no me hace falta conocer el timbre de su voz; los hechos desarrollados de dos años a esta parte me lo muestran como un hombre de gran inteligencia política. Ignoro si Carranza es inteligente para la música o para componer relojes: eso no me importa. Los hechos que analizaré a grandes trazos, y que son elocuentes como una tempestad y evidentes como una montaña, y además bien conocidos de todos los mexicanos, me bastan para mi objeto.

Teniendo Huerta todos los elementos pecuniarios, militares y hasta intelectuales, Carranza organiza con estupenda habilidad y prontitud un movimiento revolucionario. Y no sólo lo concibe, sino que, y esto es mucho más difícil, lo organiza y hace que se difunda, con acierto y habilidad. Bastaría esa gran revolución hecha de la nada, con tino y oportunidad políticos admirables, para evidenciar la inteligencia

política de Carranza. La obra es monumental, y, si pretendiésemos analizarla, estos apuntes serían historia del pasado y no estudio del presente, que es lo que nos proponemos.

Bastaría, he dicho, la Revolución misma, y ella sola, para probar si don Venustiano tiene o no talento político.

Pero don Venustiano ha realizado empresas, si bien menos amplias que la Revolución, sí en cambio de importancia inmensa y de grandísima dificultad.

Don Venustiano Carranza, ante todo, vió con gran anticipación el problema villista. Apenas obtenido el primer triunfo importante, en Villa, inspirado por Angeles, comenzó a cristalizar esa ambición estrictamente presidencial de que no puede prescindir ningún caudillo. Y tan advirtió, desde entonces, don Venustiano el peligro, que, en la primera oportunidad que tuvo para enfrentarse con él, lo hizo (cuando el incidente de Torreón) y si no llevó a mayores extremos su resolución fué por la conciliatoria intervención de la División del Nordeste.

La separación de Angeles del Gabinete, muy poco después de comenzada la Revolución, en mi sentir, y a pesar de las muchas versiones que he oído, no se debe sino a que don Venustiano conoció oportunamente a ese ambicioso perverso que, entonces con don Venustiano, y hoy con Villa, ha practicado el maravilloso procedimiento de empequeñecerse para no parecer temible.

Después del incidente de Torreón, el problema villista quedaba latente; había sido tan sólo aplazado, y esto lo siguió viendo con toda claridad don Venustiano; pero era preciso acabar primero con Huerta, para comenzar después con Villa.

Por sus triunfos militares, Villa era uno de los generales indicados para ocupar la ciudad de México junto con don Ve-

nustiano; pero Carranza, que no olvidaba el grave problema ni un minuto, no llevó a Villa a la Capital, y con sus fuerzas leales procedió al desarme de todos los federales y ya que tuvo en sus manos todos los cañones y todos los fusiles, se volvió resueltamente a Villa obligándolo a que precisase su actitud.

Villa, entonces—todos lo recuerdan—se quitó la careta y con pretextos absurdos, se declaró en rebeldía—Don Venustiano pudo entonces haberlo batido. La insubordinación era clara, pero las fuerzas estaban diseminadas, los soldados acababan de quitarse las botas polvorientas y ensangrentadas por un largo combatir, y pedirles una nueva lucha tan inmediata era impolítico y algunas fuerzas federales como las del Istmo aún no estaban licenciadas.—Fue preciso esperar, y entonces el maquiavelismo de Felipe Angeles urdió la más admirable patraña para embaucar bobos: la Convención. En la ratonera villista cayeron muchos hombres de buena fe como Eulalio Gutiérrez y David Berlanga, por ejemplo, y estuvieron a punto de caer otros.

El segundo golpe fué mucho más fuerte; el primero despojaba a don Venustiano de una sola cosa: de fuerza militar; es decir, de elementos materiales, pero el segundo golpe cuya fuerza y habilidad todos recuerdan, despojó a don Venustiano (aparentemente; pero esto basta para los incautos) de fuerza moral y realmente de más fuerza física.

El desconcierto fué general, entonces. Muchos generales volvían a todos lados los ojos, desorientados; la moral fué perdida por todos, grandes y chicos: Villa ya no era un rebelde; ya no se trataba de combatir al infidente, sino a la Convención, a la genuina representante de la revolución, a una asamblea revolucionaria tan sagrada y grandiosa como

aquella donde resonaba la voz de Dantón y las frías denuncias de Robespierre.

Las juntas de la magna paparrucha aún no terminaban y ya don Venustiano había llegado al fondo del nuevo problema. Trasládose a Puebla en donde al general Francisco Coss probó su percepción política y su rectitud a toda prueba, y después a Córdoba, y ya a cubierto de un posible golpe de mano en la Capital, quita con una sola frase toda su envoltura legal a la Convención, para que los incautos que creían en la martingala abriesen los ojos: «yo respeto a la Convención siempre que salgamos del país Francisco Villa y yo, y que me prueben así que la Convención no es un ardid villista.»

Villa dijo naturalmente que sí y no lo cumplió, haciéndose por el contrario nombrar «general en jefe de las fuerzas convencionalistas.» El enjuague era evidente y sólo don Eulalio el cándido pudo creer en un gobierno cuyas decenas pagaba Villa colocándolas al entregarlas a los convencionalistas en la hoja de la espada de la División del Norte para que nadie se olvidara de que ésta existía.

Sin embargo, el avance de los «convencionalistas» hacia la Capital fué considerado decisivo y definitivo por casi todo el mundo. El ostentoso desfile de cañones hecho por Angeles hizo que se considerase a los convencionalistas los dueños de la situación.

Nuevo error previsto por don Venustiano y probado con su deseo de que Villa y Gutiérrez ocuparan la Capital. Con esta medida se consiguió que la ciudad de México conociese de cerca a Villa y que ya Gutiérrez, hecho Presidente, sintiera con claridad el peso de la manaza del bandido sobre su inocente cabeza.

SU CARÁCTER.

Para realizar lo tan someramente apuntado se necesita un carácter sereno y fuerte. don Venustiano, cuyo carácter sólo reconoce un igual en el de Juárez, persevera dos años en una obra ciclópea erizada de peligros, decepciones, dificultades, intrigas, fracasos y triunfos (éstos también debilitan el carácter). Prueba durante todo este tiempo que no se amedrenta ante los peligros, ni decae ante los obstáculos, ni cede ante la desgracia; cómo lo prueba la muerte de su hermano.

El carácter de este hombre singular es de una consistencia y de una imperturbabilidad que raya en estoicismo. Y es que don Venustiano tiene fe en la justicia de la causa; lleva sus principios en el corazón y en la cabeza, y esa fe es la que convierte su carácter en un obelisco invulnerable a las adversidades.

CAPITULO XXXVI.

UN PROFESOR DE ENERGIA.

Para mí la personalidad vigorosa de Don Venustiano Carranza tiene, amén de su 'formidable' aspecto político, otro no menos importante. Venustiano Carranza no debe ser considerado por nosotros tan sólo como un estadista, sino como un ejemplo extraordinario para los hombres latinoamericanos.

Carranza es, dentro del carácter latinoamericano en general y mexicano en particular, un hombre extraño, raro, divergente de la generalidad de otros de su raza.

Carranza es un profesor de energía.

El espíritu del tipo medio del latinoamericano está brillantemente precisado en estos versos de Manuel Machado: —«Mi voluntad ha muerto una noche de luna en que era muy hermoso no pensar ni querer; mi ideal es tenderme sin ilusión alguna. . . .»

Los mexicanos, sobre el pegaso de nuestra indomable fantasía, escalamos todas las cumbres, inventamos los mayores prodigios, penetramos en los inextricables dominios del misterio. Pero en los decisivos momentos de la obra, a la hora de la acción, sentimos flojedad en los músculos, planchas de plomo en los párpados y un desdén de muy buen gusto, espiritual y escéptico, hacia todo lo que significa esfuerzo, voluntad, tenacidad, carácter, fuerza.

Ha dicho Jacinto Benavente: el mundo es de los tercios.

Pero nosotros nos reímos de Benavente y la voluntad nos resulta una hermosa palabra alrededor de la cual podemos bordar encantadoras filosofías.

Somos los hombres de la teoría. Nos desalentamos antes del primer fracaso, abandonamos una empresa antes de que ella nos deje a nosotros.

Por eso es tan admirable una figura como la de Venustiano Carranza. Un hombre de tal entereza es, en nuestro medio, un caso anómalo, profundamente educador.

El éxito de don Venustiano Carranza no está solamente en su generosidad y en la indestructible fuerza redentora de sus principios, está también en su energía.

Villa fué considerado como un fuerte mientras sus bayonetas, pasajera y triunfadoras, le dieron la fuerza esencialmente militar. Carranza cuando salió de México para dejar libre el campo, a la entonces arrolladora Convención, fué más fuerte que nunca. Aquella salida de la ciudad de México mostrará la figura de Carranza ante la posteridad no como la de un clarividente; los iluminados son pequeños, y el porvenir de la República no debe encomendarse a quien más o menos astrólogo en el siglo veinte pretende leer el porvenir en los signos del Zodíaco. Carranza salió de México porque Carranza es un hombre de energía, porque es un disciplinado de sí mismo, porque lo que demuestra su inteligencia sabe cumplirlo su voluntad, porque reducido a la fórmula geométrica de los griegos es un triángulo equilátero cuyos lados iguales son: la inteligencia, la voluntad y la salud.

Carranza, aparte de su personalidad política, discutida, ya que no discutible, es un profesor de energía a quien debemos imitar por el admirable y pertinaz ejercicio que hace de su rectilínea voluntad.

Carranza es un hombre de acción y su disciplina interior es tan grande que jamás, a pesar del gran poder que la revolución ha depositado en sus manos, lo hemos visto obrar ligeramente. Carranza no tiene prisa jamás. No se apresura para dar una contestación, aunque sea la de la más importante nota americana. Carranza es un hombre cauteloso, parco en palabras y de resoluciones categóricas. Nosotros, los que consideramos hermoso «no pensar ni querer,» debemos sentir por este hombre, austero y fuerte, el respeto y la admiración que inspiran los hombres que nos enseñan, con su propio ejemplo, algo difícil.

Este artículo pudiera ser el epílogo de este libro si no quedasen por decir algunas cosas.

EL SUEÑO DE LA ESPADA.

BRANIFFETTI, el aristócrata; Segismundo Abascal, (S. en C.) el burgnés; Manuel Pérez, el burócrata, y X, el neutral, piensan, en ciertas cosas, de la misma manera. Su pequeño espíritu tiene el mismo eje moral. Todo lo circunscriben a su egoísmo; todo lo ven a través de ese prisma abyecto.

Braniffetti es un aristócrata, como todos los de México, falsificado. Sus ancestros no resisten ni la más leve inquisición tres generaciones arriba. Pronto encontraríamos en los cuarteles de su escudo cuarteaduras ignominiosas y «escudos» robados.

Y este aristócrata florece, amarillo y «averiado,» en todas las ciudades de la República.

Braniffetti puede ser de Puebla o de México. El horror de sus incestos es siempre semejante. El origen de su fortuna es idéntico. Los canónigos de México saben los mismos misterios que los de Aguascalientes, y, amparados en el secreto de confesión, guardan herméticamente, en el fondo de sus conciencias, los secretos de los despojos y los crímenes.

Braniffetti ha quedado descrito; es cualquiera de los bellacos que en cenas, dignas de Gargantúa, hicieron eterna la candidatura de Porfirio Díaz.

Segismundo Abascal (S. en C) puede ser español, pero es

generalmente mexicano. Don Segismundo Abascal es una «persona honorable,» «un buen hombre.» Comercia en semillas, o vende listones, o tiene una sombrerería. Es comerciante, en una palabra.

Don Segismundo es el tipo ejemplar del burgués. Se levanta a la seis de la mañana, abre su tienda, trampea con honradez (es decir, sin que lo note el cliente) y come a la una en punto, con un vinillo comprado en un saldo fraudulento. A las tres abre de nuevo su tienda; en las primeras horas bochornosas de la tarde dice vulgaridades con algunos amigos, en cuya compañía se fuma un cigarro. Cada uno de los contertulios saca su cigarrera, sin ofrecer a los demás. Esta es una costumbre secular y nadie se molesta. A las siete, don Segis (como le llaman en el barrio), cierra su tienda, y, previa una fragal merienda, se dirige a casa de cualquiera de sus amigos con quien juega una partida de damas. Vuelve a su casa a las diez, y después de rezar sus oraciones, don Segis, amparado por el ángel de su guarda, comienza a roncar. Don Segis se casa a los cuarenta años; tiene tres hijos, escrofulosos, tímidos y llorones y una mujer adiposa y pitáñosa. Todos en esa casa deliran por la economía. Trini, niña escuálida de tres años, tiene ya su «alcanéa.» Se come mal, no se gasta jamás en un libro y así, ahogándose en ese pequeño círculo de miseria moral y de codicia, pasan treinta años con una isócrona economía. La muerte de un gato y la rotura de un cristal del aparador, son los acontecimientos culminantes de esos treinta años. Por fin, don Segis se muere en el seno de la Santa Madre Iglesia Católica. No se compran velas, porque la señora conservaba unos cabitos de cuando murió su abuela. Don Segis es llorado con discreción y enterrado con modestia. Se cierra la tienda un solo día, para evitarse grandes pérdidas, y pasa a ocupar el lu-

gar de don Segis, detrás del mostrador, su primogénito, Segis jr., muchacho viejo de treinta años, con anteojos y con una gravedad que da tristeza. La razón social de la casa cambia de esta manera: «Segismundo Abascal Sucs.»

Y en aquella casa polvorienta, melancólica, en donde parece radicar el alma de la monotonía y en donde el tiempo se ha dormido, vuelve a reproducirse, fotográficamente, el cuadro que dejamos descrito.

Los Segismundo Abascal van eslabonándose, espantosamente idénticos, a través de los siglos.

Manuel Pérez, el burócrata, oficial segundo de la Sección Tercera del Ministerio que ustedes quieran, tiene catorce hijos, paga veinte pesos de renta; las sillas no tienen asiento, la señora está en cinta; Pérez le debe a todo el mundo, tiene flecos en las mangas del saco, telarañas en los anteojos, muy buena letra y perdida la esperanza de un ascenso. No puede dormir, porque los niños lloran a todas horas; no puede trabajar, porque las preocupaciones no lo dejan. Cuando se descompuso el reloj del correo, que era el que lo orientaba para llegar a la oficina, llegó tarde y lo multaron con una decena porque el jefe le tenía «ojeriza.» De esto hace diez años y el equilibrio del presupuesto familiar no ha podido restablecerse. La frase «los muchachos no tienen zapatos» está estereotipada en el cerebro de Pérez. Los hijos mayores de Pérez ya entraron de meritorios en la Tesorería y la hija más guapa es novia del taquígrafo. Claramente se ve que el estrecho círculo de la familia Pérez no se ensancha; dentro de sus titánicos límites nacerán y morirán todos los Pérez de esa dinastía trágica.

X, el neutral, puede ser cualquier cosa, pero es esencialmente egoísta. Cuanto sucede lo circunscribe a su persona. Un terremoto es malo si le mancha las botas, y bueno si le

permite encontrarse el reloj de alguna víctima tirado en la calle.

Todos estos hombres, los egoístas, es decir, una mayoría social aplastante, han esgrimido en contra de la revolución, para ganarle enemigos, un argumento supremo, decisivo para los oídos de los hombres de pequeño espíritu.

Los reaccionarios clásicos, el aristócrata y el cura, han dicho al burgués, al burócrata y al neutral: esta revolución es de exterminio; a tí, Segismundo Abascal, te va a quitar la tienda; a tí, Pérez, el empleo y a tí, X, la vida.

Y don Segismundo, que encaneció cuando le rompieron el cristal del aparador, sintió un inmenso terror y en su alma germinó, indestructible, el odio por una revolución que podía incendiar su tienda. Pérez sintió también, dentro de las relatividades de su pequeño espíritu de ratón, cóleras apocalípticas contra una revolución que podía quitarle la leche esterilizada al niño de diez meses y la Emulsión de Scott al de diez años.

El argumento fué terrible. La guerra tiene que ser funesta a todos; el que no tiene hacienda que le repartan, ni tienda que le roben, tiene siempre vida que le quiten. Ningún razonamiento podía sacudir tan formidablemente a los egoístas como es el de presentarles ante los ojos el incendio y la muerte.

Imagine el curioso lector el miedo hiperbólico de don Segismundo Abascal cuando los revolucionarios entraron en el pueblo; e imagine, también, a Pérez escuchando el concierto formidable de los cañones desde su cama y teniendo bajo su almohada un número fantástico de boletos de empeño.

De las profundidades del egoísmo brotaron los mayores enemigos de la revolución.

Pero es preciso ser justos. ¿Cómo exigir a todos los hom.

bres el acerado espíritu de Carranza? ¿Cómo pedir al hijo de don Segismundo Abascal, creado en tan estrecho círculo, la generosidad epopéyica de Obregón?

No. Todos esos pequeños espíritus son más dignos de lástima que de censura. Que el nuevo sistema político de ese gran liberal que nos dirige, exalte las voluntades y haga hombres y forme caracteres, aplastando las rutinas y abriendo anchurosas rutas hacia un horizonte de progreso.

Los egoístas que no estuvieron con nosotros y que se limitaron a vernos pasar con terror o con desconfianza, ya no tienen razón de vernos con recelo. El formidable argumento de su egoísmo ya no existe. Ya no somos agentes de la destrucción y embajadores de la muerte. Somos los reconstructores liberales y sinceros de nuestro caduco sistema político y administrativo. La obra de la sangre ha concluido; ya no se asustarán vuestros ojos con el incendio ni temblarán vuestras carnes misérrimas con el estallido del cañón.

La obra pacificadora comienza. El sueño de la espada será pronto una realidad. Las armas dormirán, gloriosamente, después de la conquista de la libertad. Y don Segismundo y Pérez y Braniffecti y X. no tendrán nada que decir; sus argucias ya no tienen fundamento.

Ya no traemos la tea incendiaria en una mano y la mortífera espada en la otra. Carranza lleva en su fuerte diestra una ley nueva, equitativa y generosa, y en la siniestra, el grano simbólico de la fecundidad y de la paz.

EPILOGO

Lector, tú eres un imbécil y yo soy otro, porque

Acabo de leer un libro de Oscar Wilde.—Tú, lector, no puedes comprender lo que esto significa.

Es horrible sentirse tan pequeño y tan imbécil junto a Oscar Wilde.

Y es inaudito, lector, que tú hayas llegado hasta leer estos renglones. Pero no, lo inaudito es que llegaras a comprender el libro. ¡Cinco pesos! ¡Qué horror! Cinco pesos un libro como este. No tienes perdón, lector, ni yo vergüenza.

Sin embargo, es preciso que no me olvide de lo afirmado por mí mismo en la portada, donde rindo culto a lo eternamente relativo de las cosas humanas. Yo mismo lo dije antes: este es un libro relativamente bien escrito. Sí; es verdad; pero era ante de tener la formidable impresión que acaba de dejarme Oscar Wilde.

Uno de los jueces encargados del proceso de aquel imponderable artista le preguntó en el curso del juicio, mostrándole una carta escrita por el propio autor de *Salomé*:—¿Confiesa usted que esta carta suya es inmoral?